

dades á los viajeros; que habia practicado un puerto en la costa de Lepanto para hacer mas breve y mas fácil la travesía desde Otranto á Atenas. Concíbese que yo no descuidaba los monumentos: habia vuelto á levantar las obras clásicas de la ciudadela, siguiendo sus planos con arreglo á sus ruinas; y la ciudad defendida por buenas murallas, se hallaba al abrigo de cualquiera invasion de los turcos. Yo fundaba una universidad donde los jóvenes de toda Europa concurrían á aprender el griego literal y el griego vulgar; invitaba á los hidriotas á que se estableciesen en el Pireo, y tenia ya marina. Habia hecho plantar pinos en los montes despoblados, y echar puentes en los rios; fomentaba la agricultura, y muchos suizos y alemanes se unian con mis albaneses: hacíanse cada dia nuevos descubrimientos, y Atenas salia de su sepulcro. Al llegar á Keratia se dispó aquella ilusion, y me encontré otra vez el mismo pobre diablo que antes era.

Habiamos dado la vuelta al monte Hymetto, pasando al Mediodía del Pentélico; y luego, habiéndonos acercado al mar, nos hallábamos en la cordillera del Laurium, donde los atenienses tenían en otro tiempo sus minas de plata. Esta parte del Atica no ha sido célebre jamás: encuéntranse entre Phalereo y el cabo Sunio muchas aldeas ó case-ríos, como Anaphlysto, Azenia, Lampra, y Anagyro, Alimo, Thoræ, Æxone, etc. Las escursiones de Wheler y de Chandler no produjeron resultado alguno en estos lugares abandonados; y el mismo Mr. Lechevalier atravesó este desierto cuando desembarcó en el cabo Sunio para pasar á Atenas. Lo interior del país es todavía mas desconocido y menos habitado que las costas, por lo que yo no me atreveria á fijar el origen de la aldea de Keratia.¹ Está situa-

¹ Meursio, en su tratado de *Populis Atticæ*, habla del barrio ó demos

da en un valle bastante fértil, entre montes que la ciñen por todas partes, cuyas pendientes se ven cubiertas de savias, romeros y mirtos. El centro del valle está cultivado, y las heredades están divididas, como se usaba en otro tiempo en el Atica, por medio de setos plantados de árboles.¹ Abundan en este país las aves, en particular las abubillas, las palomas torcaces, las perdices y las cornejas. La aldea se compone de unas doce casas bastante aseadas, y separadas unas de otras. Vagan por los montes contiguos ganados de cabras y carneros, y en el valie se ven paciando vacas, caballos, asnos y cerdos.

El dia 27 nos trasladamos á casa de un albanés, amigo de Mr. Fauvel. Luego que llegué me subí á una eminencia situada al Oriente de la aldea, para ver si descubria el buque austriaco; pero no distinguí mas que el mar y la isla de Zea. Cuando se puso el sol se encendió una hoguera en la cima de una montaña. Un pastor apostado en la costa debia anunciarnos la llegada de las lanchas de Zea luego que las descubriese. Este uso de hacer las señales por medio de hogueras pertenece á la mas remota antigüedad, y facilitó á Homero una de las mas bellas descripciones de la *Iliada*:

“Así se ve elevarse una columna de humo en lo alto de las torres de una ciudad que tiene sitiada el enemigo, etc.”

Por la mañana volví otra vez con mi escopeta á la mon-

Keyriadai, de la tribu Hippothoontide. Spon halla un *Kyriadai*, de la tribu Acamandite; pero no cita inscripcion alguna, y solo se apoya en un pasaje de Hesychio.

¹ Como están en Bretaña y en Inglaterra.

taña de las Señales, y me entretuve cazando; pero al llegar á mediodía recibí el sol en la mano y en la cabeza con tanto ardor y violencia, que no dejó de producir un efecto terrible. El termómetro estuvo constantemente á los 28 grados durante mi permanencia en Atenas.¹ El mapa mas antiguo de la Grecia, que es el de Sophian, coloca á Atenas á los 37° 10 á 12'; Vernon pone esta latitud á los 38° 5'; y Mr. de Chambert la ha determinado en fin á los 37° 58' 1" por el templo de Minerva.² Por este cálculo podrá fácilmente comprenderse cuál será el calor del sol á mediodía en el mes de Agosto. Al anochecer, y cuando ya me ví precisado á acostarme sobre una estera envuelto en mi capa, conocí que mi abrasada cabeza comenzaba á desvariar. La habitacion no era muy propia para un enfermo: tendido en el suelo en el único cuarto ó bohardilla de nuestro huésped, tenia la cabeza pegada á la pared. Yo me hallaba acostado entre José y el jóven ateniense, y los enseres del menaje suspendidos encima de mi cabecera; de modo que la hija de casa, mi huésped y sus criados tropezaban con nuestros piés cada vez que iban á dejar ó sacar alguna cosa.

Si alguna vez he tenido un momento desesperado, fué sin duda aquel en que arrebatado por una violenta calentura, conocí que se trastornaban mis ideas, y que mi imaginacion se estraviaba: mi impaciencia aumentaba el mal. ¡Oh! verme de súbito detenido en mi viaje por un accidente tan imprevisto! ¡Haberme sucedido esto en un paraje desconocido, y en la choza de un albanés! ¡Si estuviera al me-

1 Mr. Fauvel me dijo que el calor llegaba con frecuencia á 32 y 34 grados.

2 Véase sobre esto una sábia disertacion inserta en las *Memorias de la Academia de Inscripciones*.

nos en Atenas! ¡Si muriera al menos á la vista del Partenon! Pero aun cuando aquella calentura fuera de pocas consecuencias, ¿no me esponia á perder el viaje si duraba algunos dias? ¡Los peregrinos habrán partido para Jerusalem; ya ha pasado la estacion favorable! ¿Qué haria yo en el Oriente? ¿Ir por tierra á Jerusalem, ó esperar un año? La Francia, mis amigos, mis proyectos y la obra que dejaba sin concluir, todo me atormentaba con sus recuerdos. José no cesó en toda la noche de darme grandes jarros de agua, que no bastaban para apagar la sed. El suelo estaba materialmente empapado de mi sudor, y esto me salvó. Tuve momentos de verdadero delirio: cantaba tambien la cancion de Enrique IV, y José desesperado esciamaba al oír mis extravagancias: *¡O Dio, che questo? ¡Il signor canta! ¡Poveretto!*

El dia 28 hácia las nueve de la mañana comenzó á declinar la calentura, después de diez y siete horas de delirar y padecer. Creo que hubiera sucumbido sin remedio si me ataca otra accesion. En este estado llegó el pastor anunciando que no se descubria lancha alguna procedente de Zea. Hube de resignarme, y haciendo un esfuerzo, escribí cuatro líneas á Mr. Fauvel, suplicándole me enviase un caique para que me trasportase desde la costa, donde me encontraba, á la isla de Zea. Mientras yo estaba escribiendo, mi huésped me refirió una larga historia, y me rogó le recomendase á Mr. Fauvel; pero mi cabeza estaba tan débil, que apenas podia escribir. Por fin, el jóven griego se llevó mi carta para Atenas, encargándose él mismo de traer una lancha si la podia encontrar.

Lo restante del dia lo pasé acostado en la estera. Todos se habian ido al campo, y aun el mismo José habia salido, quedándose sola conmigo la hija de mi huésped. Era

una jóven de diez y siete á diez y ocho años, bastante graciosa; llevaba los piés descalzos, y brillaba su cabellera con muchas medallas y piecitas de plata. Atenta á sus ocupaciones, apenas fijaba la atencion en mí, como si estuviera enteramente sola. La puerta estaba abierta, penetraban por ella los rayos del sol, y mi cuarto era la única habitacion que tenia luz. Dormíame de cuando en cuando; me volvía á despertar, y siempre encontraba á la albanesa ocupada en alguna cosa, ó en arreglar su cabello ú otra parte de su tocado, cantando al mismo tiempo en voz baja. Alguna vez le pedia agua: *jnero!* Me traía un vaso, y con los brazos cruzados esperaba con paciencia que concluyera de beber, y luego me preguntaba, *jkaló?* ¿es bueno? y volvía á continuar sus faenas. A mediodía no se percibía mas ruido que el zumbido de los insectos que penetraban en la cabaña y el canto de algunos gallos. Entonces noté que tenia la cabeza vana y débil, como acontece despues de una larga calentura; mi vista tambien debilitada, veía girar en torno una multitud de estrellas y chispas de luz; mis ideas eran confusas, pero no sombrías.

Así se pasó el dia: por la tarde estaba mucho mejor; me levanté un poco, y dormí bien toda la noche siguiente. El dia 29 por la mañana volvió el griego trayendo de parte de Mr. Fauvel una carta, una porcion de quina, vino de Málaga, y además buenas noticias. Por una casualidad muy rara se habia encontrado un barco, el cual habia salido ya del Falero, y me esperaba en una pequeña ensenada á tres leguas de Keratia. He olvidado el nombre del cabo donde encontramos el barquic huelo. La carta de Mr. Fauvel es la siguiente:

A MONSIEUR DE CHATEAUBBIAND.

A LAS FALDAS DEL LAURIUM,

EN KERATIA.

ATENAS, 28 de Agosto de 1806.

“Mi querido huésped:

“He recibido la carta que me habeis hecho el honor de dirigirme. Con harto sentimiento veo que los vientos alisios que reinan en estas comarcas os han detenido en el Laurium: siento que las señales consabidas no hayan en esta ocasion obtenido una respuesta, y que la calentura y los vientos os hayan molestado tanto á vuestra llegada á Keratia, situada sobre los restos de algunas aldeas, que dejó á vuestra penetracion descubrir. Para aliviar una de vuestras incomodidades, os mando algunas tomas de la mejor quina que conozco; echad una de ellas en un vaso de vino de Málaga, que no es menos conocido, y os sentireis mas aliviado, aplicando este remedio antes de comer. Yo respondo casi desde ahora de vuestra mejoría, si la calentura es efectivamente una enfermedad; porque la facultad no lo ha decidido todavía. Pero en fin, sea ó no enfermedad, os aconsejo que vayais ya curado á Ceos. He fletado, no un trireme del Pireo, sino un *cuatrirreme*, mediante la suma de cuarenta piastras, de las que he adelantado ya cinco y media. Entregareis al capitán sesenta y cinco piastras que os entregará el jóven compatriota de Simonides: éste va á partir despues de la música, de que todavía

se acordarán vuestros oídos. Tendré presente á vuestro recomendado, sin embargo de que es muy bruto. No conviene, empero, agriar á nadie, y mucho menos á las muchachas; yo mismo tuve poco que agradecer á ese huésped cuando pasé por ahí; pero asegúradle, no obstante, que vuestra recomendación producirá todo el resultado que se merece. Veo con sentimiento que vuestra calentura ha sido efecto de un exceso de fatiga y de insomnio violento. Si hubiérais permanecido tranquilamente aquí mientras los vientos alisios detienen vuestro buque, sabe Dios si hubiérais gozado mas en visitar estas ruinas, sin necesidad de ver á Keratia, sus cabras y sus ruinas; y acaso hubiérais salido del Pireo con dirección á Ceos, aun á despecho del viento. Os ruego me participeis el estado de vuestra salud, y me hagais el obsequio de que cuando regreseis á Francia, paseis otra vez por Atenas. Venid á consagrar algunas ofrendas á Minerva, para que os conceda un próspero regreso, y creed que no me podeis hacer otro obsequio mayor que el de volver otra vez aquí para embellecer nuestra soledad. Recibid, etc.

“FAUVEL.”

Habia cobrado tal aversión á Keratia, que no veía la hora de salir de allí: tuve algunos momentos de frío y no dejé de temer un nuevo acceso de calentura. En su consecuencia, no dudé en triplicar la toma de la quina; porque he observado siempre que los médicos franceses administran los remedios con demasiada precaución y timidez. Trajeron luego los caballos y echamos á andar. A la media hora sentía disiparse los síntomas del acceso que me amagaba de nuevo, y se reanimó mi esperanza. Seguimos el camino al Oeste, por un valle que se extendía en-

tre dos montes áridos y solitarios. Al cabo de una hora de marcha entramos en una vega que parecía mas fértil. Cambiando entonces de dirección, tomamos un camino al Mediodía, atravesando la llanura, llegamos á unos terrenos mas elevados, que sin que yo lo percibiese, formaban los promontorios de la costa; porque despues de haber pasado un desfiladero, descubrimos de pronto el mar y el barco amarrado al pié de una roca. A su vista me creí ya libre del génio maléfico que sin duda habia querido sepultarme en las ruinas de los atenienses, sin duda por el desprecio con que miro á Pluto.

Entregamos los caballos al guia, y entramos en el barco, que gobernaban tres marineros. Desplegaron la vela, y favorecidos por una brisa de Mediodía, vogamos hácia el cabo Sunio. No recuerdo si nos hicimos á la vela en la bahía, que segun Mr. Fauvel, lleva el nombre de *Anaviso*; pero yo no ví las nueve torres Enneapyrgia, donde descansó Wheler viniendo del cabo Sunio. En este punto, poco mas ó menos, debia encontrarse la Azinia de los antiguos. Hácia las seis de la tarde pasamos por cerca de la isla de los Asnos, en otro tiempo la isla de Patroclo, y al ponerse el sol entramos en el puerto de Sunio, que no es mas que una rada abrigada por la roca que sostiene las ruinas del templo. Saltamos en tierra; yo trepé á lo alto.

No menos sobresalian los griegos en escoger los sitios acomodados para la mejor posición de sus edificios que en la arquitectura de éstos. En la mayor parte de los promontorios del Peloponeso, del Atica, de la Jonia y de las islas del Archipiélago, se elevaban templos, trofeos ó sepulcros. Estos monumentos, circundados de bosques y rocas, diversamente iluminados por la luz, ya entre relámpagos y nubes, ya á la suave claridad de la luna, á la cai-

da del sol ó al rayar el alba, debian hermosear de una manera bellísima las costas de Grecia: la tierra de este modo engalanada debia presentarse á los ojos del marinero como la madre Cibele, que con la cabeza coronada de torres y sentada en la playa, mandaba á su hijo Neptuno derramarse las olas á sus piés.

El cristianismo, á quien debemos la única arquitectura conforme con nuestras costumbres, nos enseñó tambien á colocar en puntos proporcionados los verdaderos monumentos adecuados á ellas. En la soledad de los bosques y en la cumbre de las montañas, se ven nuestras antiguas ermitas, nuestras abadías y monasterios; y no tanto se escogieron estos parajes por premeditado designio de la arquitectura, cuanto porque un arte, cuando está en relacion con las costumbres de un pueblo, hace naturalmente lo que es mejor. Mas por el contrario, no puedo dejar de observar cuán mal colocados se hallan ciertos monumentos, en que imitamos á los antiguos. ¿Hemos pensado, por ejemplo, alguna vez en decorar la única eminencia que domina á Paris? Sin embargo, en eso solo habia pensado la religion. Los monumentos de los griegos modernos se parecen al idioma corrompido que actualmente se habla en Esparta y en Atenas: en vano se nos dice que aquella es la lengua de Homero y de Platon; porque la confusa mezcla de palabras rústicas y de construccion estraña, nos descubre que ya es una lengua de bárbaros.

Hacia yo estas reflexiones contemplando las ruinas del templo de Sunio, que es de orden dórico y del buen tiempo de la arquitectura. A lo lejos se descubria el mar del Archipiélago con todas sus islas: el sol, que estaba ya en su ocaso, doraba las costas de Zea y las catorce columnas de mármol blanco, á cuyo pié estaba yo recostado: las matas

de salvia y de enebro exhalaban sus aromas, y apenas llegaba hasta mí el ruido de las olas.

Como habia calmado el viento, nos fué preciso esperar una nueva brisa para partir. Los marineros se metieron en la barca y se durmieron, quedando solos conmigo José y el jóven griego. Despues de haber estado comiendo y charlando un buen rato, se tumbaron en el suelo y tambien se durmieron. Entonces yo me tapé la cabeza con la capa para guardarme del rocío, y apoyando la espalda en una columna, me quedé solo y despierto, contemplando el cielo y el mar.

Á una tarde deliciosa habia sucedido la mas hermosa noche. El firmamento que se reflejaba en las olas parecia trasladado á lo profundo del mar. La estrella de la noche, mi constante compañera en todo mi viaje, iba á ausentarse del horizonte, pues solo se la descubria por sus grandes rayos de luz, que de cuando en cuando descendian hasta las olas como una antorcha moribunda. Algunas veces rápidas brisas de viento hacian oscilar en el mar la imágen del cielo, mecian aquellas estrellas efímeras, y sacudian las crestas de las olas que espiraban con débil murmullo entre las arruinadas columnas del templo.

Mas cuán triste me parecia este cuadro cuando consideraba que lo estaba contemplando entre ruinas! Formaban mi compañía los sepulcros, el silencio, la destruccion, la muerte, ó aquellos marineros griegos que dormian profundamente sobre las ruinas de la Grecia. Iba á dejar para siempre aquella tierra sagrada; y atendiendo á su pasada grandeza y á su abatimiento actual, no podia apartar la vista de un cuadro de tanta amargura é interés.

No soy yo ciertamente uno de aquellos ciegos admiradores de la antigüedad, á quien un verso de Homero sirve de